

**Homilía de Su Santidad el Patriarca Ecuménico Bartolomeo para  
conmemorar el 70º aniversario del Consejo Mundial de Iglesias  
Catedral de San Pedro, Ginebra, 17 de junio de 2018**

*«Por medio del Evangelio... son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús». (Ef. 3,6)*

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Este año celebramos el septuagésimo aniversario del Consejo Mundial de Iglesias, esta «comunidad de iglesias que confiesan al Señor Jesucristo como Dios y Salvador, según el testimonio de las Escrituras, y procuran responder juntas a su vocación común, para gloria del Dios único, Padre, Hijo y Espíritu Santo»<sup>1</sup>.

Celebramos una larga peregrinación común en el sendero de la unidad, del testimonio cristiano, del compromiso a favor de la justicia, la paz y la salvaguarda de la creación.

Damos gracias a Dios que ha guiado nuestros pasos y le rogamos que nos proteja y apoye para continuar recorriendo juntos este camino, con el mismo ímpetu e igual fervor.

Noventa y ocho años atrás, poco después del final de la Primera Guerra Mundial que fue tan devastadora, se eleva una voz en el oriente cristiano que interpela a las iglesias de toda la oikoumene para que establezcan entre ellas una relación de confianza mutua para que dejen de considerarse extranjeras, sino se vean más bien como familiares en Cristo, en tanto «coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús» (Ef. 3,6), y las invita a curar juntas las heridas profundas producidas por la guerra. Heridas que ponen de manifiesto un desprecio absoluto por

---

1

<sup>1</sup> Constitución y Reglamento del Consejo Mundial de Iglesias.

los principios más elementales del derecho humanitario y que, además amenazan los propios fundamentos de la fe cristiana.

Se trata de la carta encíclica que el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla envió en enero de 1920 «A todas las iglesias de Cristo en el mundo», proponiéndoles la creación de una «comunidad de iglesias» (Κοινωνία τῶν Ἐκκλησιῶν), basada en el modelo de la «Sociedad de Naciones» que el Presidente Wilson había creado ese año aquí en Ginebra. Una Encíclica que, según el lamentado Visser't Hooft, primer secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, «había sonado la campana de nuestra unión». Cabe destacar aquí, para la historia, que la observación de este pionero del ecumenismo se pronunció aquí, en esta Catedral de San Pedro, en noviembre de 1967, durante la visita al Consejo Mundial de Iglesias de nuestro ilustre predecesor, el Patriarca Athénagoras, cuyo recuerdo es eterno.

Veintiocho años más tarde, en 1948, por fin se hizo realidad esta «comunidad de iglesias» propuesta por el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, denominado «Consejo Mundial de Iglesias», con la fusión de los movimientos de diálogo entre cristianos «Fe y Constitución» y «Vida y Acción» que trabajaban con energía desde 1920; el primero en el ámbito teológico y el segundo en la esfera del cristianismo práctico.

En el curso de sus setenta años de vida, el Consejo Mundial de Iglesias, esta manifestación estructurada y bien organizada del movimiento ecuménico contemporáneo, fue sin lugar a dudas uno de los caminos elegidos por el Señor para atraer la atención de la humanidad sobre el «nuevo mandamiento» del amor que nos ha dado (Juan 13, 30), también llamado en la Epístola de Santiago «ley suprema» (Santiago 2, 8), y para hacer respetar mejor por su Iglesia los preceptos de reconciliación, paz, justicia y solidaridad que Él predicó.

Este largo periodo de setenta años es testimonio de la rica experiencia acumulada por las iglesias miembros del Consejo y por numerosos asociados y compañeros ecuménicos en el sendero recorrido juntos

hacia la coexistencia, la comprensión recíproca y la cooperación, y para avanzar en el camino del diálogo y la acción coordinada. Esto pese a los peligros encontrados ocasionalmente y a pesar de las crisis teológicas o sociopolíticas, e incluso institucionales o financieras.

Hoy tenemos la obligación de mirar hacia el porvenir, continuar nuestra peregrinación común hacia la unidad, la justicia y la paz. El CMI, en tanto instrumento de sus iglesias miembros, comprometido no solo en el diálogo teológico, sino también en la solidaridad y el amor recíproco, se debe movilizar con más intensidad para lograr un encuentro más significativo con el ser humano que sufre hoy de muchas formas distintas. Es indispensable que el diálogo vaya a la par con el testimonio en el mundo de las acciones que manifiesta el «gozo inefable» del Evangelio (I Pedro 1, 8), excluyendo todo acto de antagonismo confesional. Con este espíritu, consideramos que es importante que nosotros, los cristianos, inspirados por los principios fundamentales comunes del Evangelio, intentemos dar una respuesta rápida y solidaria a los problemas espinosos que nos plantea el mundo de hoy. Como afirma el Santo y Gran Concilio de la Iglesia Ortodoxa, celebrado en Creta en junio de 2016, las iglesias ortodoxas locales, miembros del Consejo Mundial de Iglesias, participaron total y parcialmente en las instancias de esa institución y contribuyeron con todos los medios a su disposición al avance de la coexistencia pacífica y a la cooperación en los principales retos sociopolíticos<sup>2</sup>.

Este compromiso en el mundo debe estar basado en el modelo común del nuevo hombre en Cristo en tanto que experiencia eclesial y vocación que deben realizar los fieles. Así, mediante palabras y actos, por medios visibles e invisibles, el Consejo Mundial de Iglesias debe proclamar, a través de su testimonio, a Cristo, y solo a Cristo.

El Metropolitano Juan (Zizioulas) de Pérgamo destaca que, a menudo, se considera erróneamente que la oikoumene es una simple síntesis

de diversas creencias y religiones que existen en el mundo. En realidad, como añade el Metropolitano Juan, conviene prestar más atención a una realidad distinta, a saber que «la oikoumene es además una forma reunir distintas espiritualidades cristianas, una visión diferente del futuro», y que «la catolicidad de la iglesia no es simplemente una forma de juntar culturas y naciones tal como existen en el estado actual de sus relaciones», sino una manera de unir «identidades y tradiciones históricas para que puedan ser trascendidas en la unidad del cuerpo de Cristo»<sup>3</sup>.

No hay que olvidar que el carácter universal y la unidad están estrechamente vinculados puesto que representan la obra de Dios en la historia y en el mundo, con objeto de unir a la humanidad mediante el milagro de Pentecostés. Este milagro es realizado por el Paráclito, el Espíritu de Dios. En efecto, creemos que «el espíritu sopla de donde quiere» (Juan 3, 8) y no conoce ningún límite. Ahora bien, como bien señala nuestro maestro en Bossey, el profesor Nikos Nissiotis, creemos también que ese mismo Espíritu «actúa a través de lo que él establece, la iglesia, mostrando mediante su obra la nueva era que se anuncia en la historia y haciendo referencia al logro supremo de esta al final de los tiempos»<sup>4</sup>. El Espíritu Santo ha sido enviado para guiarnos «a toda la verdad» (Juan 16, 13), poner de manifiesto la obra salvadora de Cristo y conducir a la iglesia al Reino de Dios. De hecho, Dios nos fortalece con poder a través de su Espíritu, para que la fe en Cristo habite en nuestros corazones y seamos arraigados y cimentados en amor (cf. Ef. 3, 17-18). Esta afirmación bíblica esencial es de suma importancia en todo debate ecuménico sobre la unidad de la Iglesia y la solidaridad de toda la humanidad.

---

3

<sup>3</sup>Juan (Zizioulas) de Pérgamo, *Action and Icon-Messianic Sacramentality and Sacramental ethics*, en Th. Wieser, (ed.), *Whither Ecumenism*, Ginebra 1986, pág. 63.

4

<sup>4</sup>N. Nissiotis, *The Pneumatological Aspect of the Catholicity of the Church*, en *What Unity Implies*, Estudios del CMI N° 7. Ginebra 1969, pág. 19.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El Consejo Mundial de Iglesias se creó con objeto de promover la unidad de los cristianos. Lamentablemente, desde su fundación, han aparecido numerosas grietas y dificultades imprevistas. Pese a ello, seguimos impulsando nuestro diálogo para solucionar esas dificultades, superar los malentendidos, eliminar nuestros prejuicios y dar testimonio de forma más auténtica del mensaje evangélico. El diálogo no implica renunciar a la propia tradición eclesial. Significa más bien un cambio de nuestra actitud, lo que llamamos en el idioma espiritual el «arrepentimiento», en griego, *metanoia*, es decir ver las cosas desde otra perspectiva. En ese sentido, el diálogo es el inicio de un largo proceso de comprensión mutua que exige mucha paciencia y apertura. Somos conscientes de que el movimiento que pretende restablecer la unidad de los cristianos toma nuevas formas para responder a nuevas situaciones y enfrentar los nuevos desafíos mundiales.

Nos esperan tareas especialmente importantes y delicadas. Debemos llevarlas a cabo juntos. La dificultad fundamental de las principales tradiciones presentes en el Consejo Mundial de Iglesias, es decir el oriente cristiano y las iglesias surgidas de la Reforma, es que ha de redefinir la naturaleza de esta institución y fijar los límites de la «oikoumene», en el seno de la cual se llama al Consejo a dar testimonio y a servir. Desde esta perspectiva, la contribución de los asociados y compañeros ecuménicos será siempre recibida con beneplácito. Nos alegramos de la colaboración constructiva entre el Consejo Mundial de Iglesias y la Iglesia Católica Romana y de los esfuerzos concertados realizados para responder de forma conjunta a las importantes preguntas y a los desafíos de nuestro tiempo.

¡No nos hagamos ilusiones! Hasta ahora, las iglesias no han sido capaces de superar su división para lograr la unidad tan deseada. Por lo tanto, no pueden pretender reunir fácilmente a la humanidad entera, constituida por culturas y creencias distintas. No obstante,

nuestra colaboración constructiva y fraternal en el seno del Consejo Mundial de Iglesias nos fortalece en la búsqueda de la unidad y en nuestro testimonio de la universalidad del Evangelio, que nos ha permitido contribuir, hasta hoy, en distintos niveles, a la promoción de la paz en el mundo y de una cultura de solidaridad en el seno de la humanidad. De todos modos, no olvidemos nunca que el fruto de la unidad no podría madurar sin la gracia divina. Por eso nuestro Santo y Gran Concilio tenía razón al recordarnos que «la Iglesia ortodoxa, al tiempo que dialoga con los demás cristianos, conoce las dificultades vinculadas a este proyecto. Sin embargo las considera obstáculos que surgen en el camino hacia una comprensión común de la tradición de la antigua Iglesia, y espera que el Espíritu Santo, que ‘todo entero fortalecerá la Iglesia unida’, ‘proveerá para resolver esas insuficiencias’»<sup>5</sup>.

Sobre la base de esta confianza en el Espíritu Santo, la Iglesia ortodoxa sigue aportando su testimonio al mundo cristiano, que todavía está dividido, y al mundo contemporáneo, caracterizado por diversas crisis y divisiones, dando su testimonio en el mundo, alimentado en su compromiso por su carácter divino-humano de no ser de este mundo. Como se señala en la encíclica del Santo y Gran Concilio de la Iglesia Ortodoxa al invitar al conjunto del mundo cristiano: «La Iglesia no vive para sí misma. Se ofrece a la humanidad entera para la elevación y la renovación del mundo en unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. *Ap* 1, 21). Así pues, da el testimonio evangélico y comparte los dones que Dios dispensó a la humanidad: su amor, la paz, la justicia, la reconciliación, la fuerza de la Resurrección y la esperanza de la eternidad»<sup>6</sup>.

---

5

□ Cf. Documento sobre las Relaciones de la Iglesia Ortodoxa con el resto del mundo cristiano, párr. 8.

6

□ Encíclica, introducción.